

Crónicas urbanas¹

Oscar García

Músico, productor y compositor

Abstract

The urban chronicle is probably one of the least cultivated genres in Bolivia, not because the country lacks a repertoire of urban stories, but rather that those stories are neither produced nor consumed as a literary "genre." They are, instead, lived, savored and distributed through circuits of affection by which the city, the country and its inhabitants reveal their daily lives, the clamor forged by their stories of struggle, by their sorrows and disappointments. What follows is a sample of what these stories are capable of saying when caught by the sharp ear of an inveterate "paceño" who listens to the city, the country and the times lived by those in Bolivia.

Keywords

Bolivia, Bolivian daily life, city life, homeland

Resumen

La crónica urbana es tal vez uno de los géneros menos cultivados en Bolivia y no precisamente porque el país carezca de un repertorio de relatos urbanos, sino porque éstos no son producidos ni consumidos como "género" literario. Estos relatos son más bien vividos, saboreados y distribuidos a través de circuitos de afectividad por los que la ciudad, el país y sus habitantes

¹ Las crónicas que se publican aparecieron originalmente en el semanario La Época y en el diario Página Siete entre 2003-2012.

revelan los ritmos de su cotidianidad, los “ruidos” que provocan sus historias de luchas, los sonidos que arrancan sus tristezas y desengaños. Lo que sigue es una muestra de lo que estos relatos pueden llegar a decir cuando los atrapa el oído crítico de un paceño empedernido que escucha la ciudad, el país y el tiempo que se vive en Bolivia.

Palabras claves

Bolivia, cotidianidad del boliviano, la Patria, vida en la ciudad

EL retorno aural

Hay personas que andan por la vida atendiendo a los sonidos de las cosas y de los seres, que aguardan en una esquina a que una lata pase volando, impulsada por la certera patada de un escolar con especial gana de hacer bulla. Hay personas que golpean los postes con el único propósito de sentir la vibración y compararla con las vibraciones de sus propios huesos. Y están los que hablan todo el tiempo de sí mismos y descubren años después que hay otros mortales en silencio, que todos los sonidos conversan, que no hay posibles separaciones ni rupturas, que hay un continuum sonoro y que, a la manera de un haiku, el cine es el continente de todas las relaciones sonoras recreadas en el cerebro o inventadas en los ordenadores. Pero la naturaleza es equilibrada, caótica, bella. Y en medio de su belleza hay personas que se detienen en los parques a escuchar el canto de los pájaros y se pasan luego el día tratando de imitar ese canto, como si no tuvieran otra cosa que hacer. Personas cuyo oficio sonoro se engendró algún momento, quizás en el vientre de la madre, o con el susto del sonido primigenio.

Las familias guardan recuerdos: la primera foto del bebé, la foto del bautizo, la de la primera comunión. Una foto con la tía más chinchosa del planeta, la primera travesura atrapada en imagen fija. El primer dibujo. Las familias, las que buenamente tienen acceso a pagar por una cámara fotográfica o las que tienen la capacidad económica para pagar a un fotógrafo por una imagen, pertenecen, por cierto, a una sociedad visual, a una como la nuestra, como la urbana, sometida a una suerte de dictadura de la visión desde hace mucho tiempo. Tienen la vida registrada en imagen fija, en antiguas fotos sepia, en fotos en blanco y negro, luego a color, ahora digitales.

Cuando se trata de revisar un sonido o una música registrada, solemos decir, “a ver, ¿cómo quedó”? Cuando suena un trueno, “a ver escuchá”.

¿Quién tiene, en verdad, registrado, el primer sonido emitido por la hija? ¿Quién el primer golpe de la rodilla del niño? El primer sonido producido por la bicicleta. La primera licuadora sonando para beneplácito de toda la familia, aguardando el añorado jugo de plátano.

¿Cuál fue el primer sonido emitido? ¿Cuál el primero escuchado?

¿Cómo era que sonaba el silbato de un viejo afilador, cerca de la casa de la abuela, allá por los años 40?

Una ciudad vibra todo el tiempo, el planeta vibra todo el tiempo. Vale decir, todo suena, siempre, y lo hizo desde antes de la existencia del sonido mismo. Desde antes de que la traducción de una vibración se convirtiera en sonido en los vericuetos de nuestro complejo cerebro.

Y luego fue música, oficio de articular sonidos comunicantes como una palabra sin fin que se nutre del contacto de las gentes con las gentes y con su entorno, de la relación de las gentes con sus dioses y con sus amores, con sus más íntimas emociones y con sus muertos. Un oficio que probablemente nace antes que la técnica y que las reglas que un sistema tarda tanto en consolidar, para romperlas luego, cada vez que otro oficioso irrumpe con una propuesta innovadora. Un oficio que se hace como la corriente de un río cuyo caudal crece en la medida en que su corriente se nutre de mayores afluentes, hasta desembocar en la mar. Un oficio misterioso que aparentemente a nadie le importa pero cuyos resultados (músicas a lo largo y ancho de este mundo ajeno) son imprescindibles, cada vez más imprescindibles. Hoy por hoy, pedirle a un niño que no escuche música, de ninguna forma, sería como quitarle a la madre de Blancanieves y a los presidentes, los espejos del salón de los espejos. Muerte súbita, vida sin rumbo, un agujero negro, la razón de la sin razón.

Hay personas que se detienen en los parques a escuchar el canto de los pájaros y se pasan luego el día tratando de imitar ese canto, como si no tuvieran otra cosa que hacer.

Y silban.

Silban hasta encontrar.

Alicia tuvo que haber nacido aquí

¿No es una maravilla? dijo un turista recién llegado al contemplar, desde el mirador de la autopista la ciudad iluminada. Derretida y echada, las luces coloridas esparcidas en un enorme hueco natural, una visión surrealista, una sensación de empequeñecimiento ante la movilidad de la noche. Así la ciudad de La Paz se engulle a los recién llegados y el país hace lo propio en cada rincón de maravilla. De lo macro a lo micro, todo es una maravilla.

Que los aplazados postulantes a futuros dentistas hagan huelga de hambre es una maravilla.

Que algunos auto-proclamados genios pretendan que el estado solvente sus proyectos personales, a título de estar salvando el país, es una maravilla.

Que la ciudad de La Paz se cierre a todas horas y en todo lugar, so pretexto de cuidar los traseros gringos y otras alimañas, es una maravilla.

Que haya paro movilizado de transporte es una maravilla.

Que la corrupción como tema en los medios se haya vuelto desde hace unos años la estrella que hay que perseguir o inventar para seguir vivos, ¿no es una maravilla?

Que la escuela naval de guerra esté en un cerro erosionado, sin una pizca de agua, es una maravilla.

Que policías y ladrones usen el mismo uniforme, es una maravilla.

Que a toda costa Costa quiera la silla principal en el comedor del hambre, es una maravilla.

Que todo sea más caro que en Nueva York es una maravilla.

Que podamos mirar el cielo de noche y contar las estrellas, es una maravilla.

Que a un cruceño de la selección de fútbol le haga mal la altura, es una maravilla.

Que en nuestro país, a los 45 años los humanos sean descalificados para cualquier tarea que no sea dar comida a las palomas, es una maravilla.

Que los sapos se hayan comido a las truchas y los peruanos a las vicuñas, es una maravilla.

Que haya que viajar a Chile para conocer las lagunas verde y colorada es una maravilla.

Que el olvido sea el concepto que nadie olvida, eso sí que es una maravilla.

Que el idioma oficial del estado sea el silencio absoluto, es una maravilla.

Que los consultores estén hechos para dar respuestas, es otra maravilla.

Estas y otro millón de cosas confirman la sospecha de que Alicia haya nacido aquí cerca o por lo menos en Cochabamba. Toda persona que dé una vuelta aspirando la multiplicidad de olores del locoto y la hierba buena, todo el que mire un atardecer en el altiplano y la luna desde el monte lo sabrá.

Día de

Me pondría una escarapela con su nombre, una kantuta con su incipiente caspa, una tricolor con su recordado olor, una calatrava para salir a pasear hasta que den las doce. Cantaría el himno en ayoreo, en su oído bueno. Lo sabría la patria.

Patria, esa marca de jabón. Ese jabón con peculiar olor a parafina intensa que paradójicamente empezó su desaparición con la paralela aparición del jabón Bolívar, de origen peruano, creo. Una patria se hizo posible por Bolívar y otra, por el mismo impulso, desapareció.

La Patria que ahora es un plural, que siempre fue un plural. La Patria que ahora se concentra como un rayo láser en una silla con símbolos inventados en charlas sobre mitos del folclore urbano. La Patria que se sustenta sobre los hombros de ciudades soñadas y diseñadas por el director de arte de las películas de Walt Disney. Las diversas y pequeñas patrias que estuvieron siempre, que no son ni fueron virtud de intelectuales de *living* ni de dirigentes de bar abierto, esas que se movieron siempre entre la casa sin servicios y las calles de las ciudades en las que hacerse de una despensa para volver al lugar en el que anochece sin focos, donde el viento, los sonidos de los bosques, el constante correr de los ríos, las cigarras y todos los bichos de la noche no tienen ni más ni menos que un compromiso con el planeta.

La Patria, ese nombre alrededor del cual se cometen leyes y se nombra al cómplice en las altas esferas desde donde se teje el más grande poncho para consolidar el *apthapi* del siglo XXI: un monumental banquete que consiste en comerse unos a otros hasta que no quede nadie más que el señor de las morcillas. El último que queda, gana.

Con esta lógica en las reglas de juego, el pueblo paciente, el pueblo compuesto por imprenteros, originarios con poncho y originarios con flecha

y originarios con gorra *caterpillar*, el pueblo compuesto por las señoras con rulerlo eterno, los ciclistas que llegan siempre de terceros, los curas que orando a la izquierda del señor comen a la derecha del padre, los músicos con Viena en el corazón y los que tienen una queña mística que suena a inca y huele a Francia. El pueblo compuesto por niñas felices como perdices y niñas desaparecidas en la ciudad nueva, por abuelos que miran pasar las heridas del Chaco desde el fondo de una silla movediza, en medio de 45 grados secos en los bordes de Boyuibe. El pueblo hecho de humo de mesa blanca y de pis de perro de Tarija. Hecho de hierba fresca y de cerveza helada, de mujeres recién bronceadas para salir en busca de un futuro venturoso a los bares de la comarca. El pueblo hecho de los más incoherentes discursos de un dirigente sindical, sin dicción, sindicado, sintomático, Cyndi Maya Lupaca. Nombre que el pueblo reconoce como parte del folclore, nombre que se elige para decorar una repartición mientras los hilos se mueven desde un perfumado salón de blancas paredes y pálidas caras pálidas.

El pueblo, decía, el paciente pueblo, no está invitado al banquete del siglo, pero sirve para decorar.

Así la Patria, una canción enumerativa que emparentada con el folclore de libro escolar nos impulsa a la lágrima compuesta de agua salada, supera en sorpresas a una piñata de cumpleaños.

La Patria libre de la corona lejana, en pos de la corona cercana. La Patria envuelta en una interminable chalina multicolor que terminará por quitarle el aire. La extensa cantidad de metros fértiles esperando a tener su cuota de erosión forzada, de su cato de erosión, en nombre de la madre tierra. A la madre tierra hay que hacerle una hendidura con picota y penetrarla con las raíces que harán que de ese vientre no crezca más nada por los siguientes cincuenta años, por lo menos.

La Patria, una guarida donde se juntan cada vez distintas bandas a repartirse paredes y monedas y estampilla y platos e inodoros, para poner sus fotos y sus óleos.

Me pondría una escarapela con su nombre, una kantuta con su incipiente caspa, una tricolor con su recordado olor, una calatrava para salir a pasear hasta que den las doce. Cantaría el himno en ayoreo, en su oído bueno. Lo sabría la patria.

Cuestión de expertos

Es cuanto informo a su autoridad en relación al tema de los auquénidos desaparecidos en vísperas de San Juan, que ya no hay.

Pero nadie parece tener la culpa, nadie parece haber visto nada fuera de lo común. No hay sospechosos, no hay sombras que hayan sido advertidas cruzando la noche de los Andes, con garras extendidas antojadas de auquénido pelado. Para empezar, en esos lares no hay casi nadie. Por eso es más fácil que los animales desaparezcan. Sin embargo para constatar su desaparición algún humano habrá de certificarlo, algún otro humano será autor de las desapariciones. Es una cosa extraña. Cómo saber, señor autoridad, ¿cuándo ha desaparecido la vicuña si ya es un problema contarlas? La otra vez un contador titulado ha estado meses perdido en la región del Sajama contando vicuñas. Casi ha enloquecido porque además había contado ciento-veintitrés veces a la misma vicuña. Después se dio de cuenta porque el animalito ya le guiñaba un ojo.

No hay por dónde perderse distinguido señor dirigente autoridad mía, voy a llegar al lugar de los hechos aunque sea en burro, voy a poner el mayor de mis mínimos esfuerzos para lograr lo que se pueda en esta investigación. Mi método será de simple observación. Quizás me disfrace de paja brava para que la investigación sea seria y el entorno natural me acepte sin decir ni pío. Eso ya se verá. Mientras tanto estoy preparando una serie de seminarios para los funcionarios que me acompañarán en la investigación. Necesito el apoyo de la Comunidad Europea, el concurso de varias picanteras y una grabadora a caset con pilas alcalinas. El éxito de estos emprendimientos se verá reflejado en nuestros cuerpos brillantes y vigorosos, como de osos.

La verdad, señor vicenosequé, no sé en realidad de lo que usted está hablando en la carta escrita que me ha sido entregada por uno de sus siete asistentes, el de gorra como de pescador. No tengo ni idea cuando dice por escrito que ha habido denuncias de robo de lana de vicuña con vicuña y todo, en una reserva que a este paso ya es medio ociosa a los ojos de los vendedores de tractores.

Cuando usted pide una incursión al lugar en el despacho que está a mi cargo se entiende una excursión y para eso hace falta juego de camisetas y padrino para obtenerlas pero eso es ya un asunto que habrá que resolverlo con la ayuda de unas monedas más lanzadas al aire.

Señor alto funcionario mío, elevo este informe respecto al asunto de la desaparición de auquénidos en la región del Sajama, con bastante desin-

formación, sin conocimiento alguno del tema pero con subordinación y agachada de cabeza. Este es el detalle.

Asunto: Auquénidos que estaban en un lugar en el que ya no están.

Tesis: Los animales se mueven, como la sombra, como el río, como las historias, como los muebles, como los huayños.

Hipótesis: También hay platos voladores y también rateros imperialistas, hay que ver.

Tarde pero firme

Disculpe Usted el retraso. Estuve distraído viendo allá en la otra esquina cómo un individuo arrebatava la cartera a una señora que desesperada gritaba y nadie se dignó en ayudarla. Ni yo. Es que estaba distraído además en otra cosa. Una señorita con sus partes de mirar no dejó de redondear la situación y yo que no dejo pasar ni un solo detalle me quedé colgado. Por eso estoy un poco retrasado aunque no mucho. Pudo ser peor, a veces otros ni llegan. Ni piden disculpas ni llaman por teléfono ni mandan misivas ni escriben por correo electrónico ni nada. Desaparecen, enmudecen, se hacen gas subvencionado. Esa clase de gentes no soy. Me atraso pero llevo. Consuelo nacional.

Al salir ya hubo problemas, no había mi plata. Luego hubo. Después no había mi llave pero hubo. Parecía que iba a llover y me dio hambre. Revisé mi bulto para ver si estaba el informe y estuvo. El contenido, ya sé, es absurdo. Le informo lo que ya sabe, nadie la soporta.

Al venir, le puedo contar todo lo que pasó. Lo normal, una veintena de gentes demandantes con o sin razón, una treintena de otros demandantes esparcidos por la avenida comiendo chicharrón, un ejército desordenado de gentes desocupadas ocupadas en leer sin leer los periódicos colgados del puesto, cantidades de inútiles cosas diseminadas por las aceras del centro con el único propósito de tener a la ciudad trancada y esperando. A ver si de tanta insistencia se convence a alguien a comprar un aparato que quita las pepas de más de 8 mm en las uvas procedentes de Camargo.

Le podría decir que nadie tenía cambio pero sería faltar a la verdad. Ni se daría cuenta, calculo, a juzgar por la cara de crédula con la que recibe en este instante, mi informe. Será que al entrar me despeiné un poco y fingí un lado de camisa salida del pantalón. La traspiración no es de esfuerzo por el apuro, era de frío ante el terror que me causa la idea de que me despida por este nuevo retraso leve pero retraso al fin.

Por esta clase de personas estamos como estamos, dirá Usted. No soy de esa clase, diré yo, si no de otra. De las que se preocupan por la falta aunque falten igual. Pero en realidad me importa un comino, así de pequeño, bueno para el cólico. Estoy pensando retirarme y de ello no tendré que informarle a nadie. Un buen día ya no estaré pero por el momento tenga Usted mis seguridades distinguidas, señora ministra en cuestión.

A propósito, hoy me dejó mi pareja. Se fue con sus bártulos. No estoy con pena, estoy con una especie de dolor en el vientre bajo.

No hay amor, nunca hubo.

Todo se recicla, menos el amor.

Todo se mueve, como se mueve ahora la otra persona en su vientre bajo.

Voy a inugar un puente trillizo, me voy a lanzar.

Los oficios mutantes

Tanto le costó a la mamá sola hacer que su hijo, el mayor, estudie en la universidad prestigiosa del barrio para dentista de menores de catorce años. Habrán sido como seis años de sacrificio sostenido y noches de arduo trabajo en las calles, vendiendo chicle y cigarrillo a los entradores y salidores de locales donde se toma, se fuma, se agarra novia de ocasión y caballero para la noche. Tanto costó el esfuerzo para que el chico estudie que ahora, a la hora de la verdad, el chico es ayudante de *jadoquero* y tiene su gorro que parece el gorro de la entronización de hace unos años. La explicación es socio-económica y compleja. La salida reduccionista es más fácil: el chico buscó trabajo y buscó trabajo y no encontró. Había que estar inscrito o tener una cuenta suculenta para emprender negocio propio, sin clientela. Cosa que de todos modos lo llevaría a la quiebra y terminaría optando, al final, por trabajar de ayudante de *jadoquero* con el título de doctor.

Hay que ver la cantidad de diplomas que se ve pegados en la pared del arreglador de cosas. En uno se lee, “doctor en leyes”, en otro “abogado”, en otro “máster”, en otro “doctorado” y así. El señor leguleyo es pero arreglador de cosas. Pasa que pasa de los 55 y ya no es útil para la sociedad que lo consideró útil mientras tuvo treinta y aceptaba sobornos y acataba las órdenes de la casa mayor para hacer favores a los sumisos habitantes del patio de la casa mayor. Ahora arregla toda clase de cosas. Uno le lleva el colchón de lana, lo arregla. La señora Dominga le lleva un arete roto, lo arregla. La hija adolescente le lleva el último iPod del imperio de los iPods,

lo destroza. Pero arregla todo. Una vez compuso un plato de saice tarijeño, mal hecho. Le agregó lechuga y semilla de rosas. Quedó para la foto y nadie quiso opinar al respecto. El abogado se hace decir el *macgiver* de la comarca. Es capaz de arreglar el país si se lo dejaran. Según él, es cosa de unos arreglos aquí y allá y poner a las gentes en su sitio. Los abogados de abogados, los ingenieros de ingenieros, los que saben, donde se necesita a las gentes que saben. Los que no sospechan, al instituto de urgencias del saber, a que sepan u opinen más tarde.

El caso del economista que trabaja de tenedor de libros en la biblioteca del museo de Sica Sica es conmovedor. El economista estudió en Birmania y se trajo desde allá una docena de mandarinas y un título en provisión nacional. Para nada. Nunca encontró trabajo ni con su amigo que fungía de perforador de documentos en el Ministerio del entonces Interior. Ahora él, el perforador, es embajador plenipotenciario en la República del Uruguay y toma todos los viernes un pedazo de vacación para ir a Punta del Este a mirar con su boca abierta a las bañistas que no le dan la más mínima pelota. Y de eso cobra viático, además. La cosa es que el economista ni así consiguió un puesto. Lo único que encontró para beneplácito de su reducida familia, es el trabajo de tenedor de libros pero lejos. Trabajo fácil en todo caso porque a esa biblioteca nadie va, así que charla todo el día con la araña de la biblioteca porque es la única a causa del frío. Las demás arañas se fueron a Arque unas y a Moropoto otras.

Es creativa e ingeniosa la sociedad. El arquitecto maneja taxi, la doctora psicoanalista maneja cheques y hombres, el cocinero chef es tragasables en la esquina de la Arce y Catacora, que no se encuentran, la ginecóloga hace los más famosos sándwiches de palta de Miraflores, el chico de la limpieza de la radio es el ingeniero de sonido, el neurocirujano vende algodones con textura cerebral, en la plaza Triangular, la pastelera de la subida al Tejar ahora hace cine, se compró celular caro.

Los oficios se transforman, las mentes se transforman, las ideas se transforman, los rostros se deforman, las banderas se tiñen, los cuerpos se visten, como las víboras, de acuerdo a la estación. Pero como el planeta gira y la esfera no tiene esquinas, todo, algún rato, se ordena de nuevo para empezar un nuevo caos.

Un tributo a la fotocopidora

Se estuvo pensando seriamente desde altas esferas de la intelectualidad que todavía cree en la resurrección del mundo cartesiano, que sería prudente y profundamente necesario, hacer unos buenos tributos a la literatura. El asunto salió a colación, en una charla de impresionantes profundidades, en medio del prado de Cochabamba, durante un encuentro destinado a la defensa intransigente del concepto del Estado Vértigo que se sustenta básicamente en la teoría de que todo colectivo de la sociedad, sea tribu, barrio, familia, pandilla o lo que fuere, decida qué hacer con su economía, con sus leyes, con las vidas de otros, con sus tierras o la de los otros, con las formas y los medios para comunicarse, con la producción o la improductividad, con la usurpación de bienes, de hijas y de ideas de otros y de otras. Un Estado, en fin, con mucha libertad y muchos rumbos e infinitas variables para cambiar el estado financiero de quienes accedan a un mínimo espacio de poder en los palacios del poder.

El asunto es que en medio del encuentro mencionado se les ocurrió a los tomadores de café irlandés y chicha, que ya es hora de comenzar los tributos literarios. Si en la música resultan un éxito económico sin precedentes, por qué no habría de ocurrir lo mismo con la literatura?

Se trataría, digamos, de hacer un tributo a James Joyce. Entonces, la manera de operar sería la siguiente: se elige a unos diez literatos connotados en el medio local, se les explica el propósito para el cual fueron convocados y se les pide que, en publicaciones periódicas y en medios escritos de gran tiraje, cada uno copie un pedazo del Ulises y lo publique como suyo, aludiendo a un tributo a James Joyce.

De esta manera y sin mayor complicación, se podría hacer cada semana un tributo distinto. Total, se trataría de hacer *copy peist* a sendos trozos de esforzados literatos y furiosas literatas. Un día Guimarães Rosa, otro día Macedonio Fernández, Píndaro, Lispector, Serres, Cervantes, Gabriela Mistral, Tolstoi y más, y más y más. Sin mayor esfuerzo tanto literato local podría vivir de literatos ya hechos que no se vería, a la larga, la necesidad de crear. Que lo hagan otros, para eso les pagan. Aquí pagan por rehacer, por reinventar, por resimbolizar, por tapar, por acallar, por cubrir, por no hacer.

Al final la charla fue un total fracaso. Se pelearon intelectuales contra intelectuales, meseros contra meseros, vendedores de cigarrillos contra fumadores de base, licenciadas contra secretarías, camas adentro contra camas afuera, tomadores de chicha contra comedores de comida vegetariana. Bailarines de salsa contra danzantes para la lluvia, fumados y

flotantes, agotados falladores de goles contra líberos argentinos de tercera con un pie en la selección nacional. O sea, todos contra todos, la única fiesta democrática en la que todos participan por igual, debido a un estado de trance colectivo. Todos contra todos, un objetivo común.

Al alba, en medio de un entrecortado y lejano canto de las aves que todavía sobreviven en medio del humo total, la ciudad se sacude de las gentes, abre sus poros y se desencanta. La ciudad echa su basura sobre las deformidades de los seres que la zapatearon en la noche y luego los baldea. La ciudad les cierra las calles, les da vuelta las esquinas, los marea. Allá lejos, el Cristo de concreto sonrío mientras masca, sin que nadie lo note, un tranca pecho épico caído del cielo.

Dos ciudades vistas desde arriba

En una ciudad encantada una hada bailaba mambo con los brazos extendidos hacia el sol como ofrendando algún órgano, digamos que el corazón. Bailaba y de rato en rato tropezaba con sus alas que le quedaron grandes, tambaleaba y caía, caía. Bajo los efectos de una bebida espirituosa en una ciudad encantada una hada bailaba una *kullawada*, un trombonista la perseguía por todas las bajadas de la ciudad y nunca la atrapaba. Las hadas atrapadas cantan a las macanas, alzan sábanas blancas para cabalgar a la mar. Y así huyen. En una ciudad encantada pasa la marcha como si nada, fluye. Se levantan los globos, todos coloridos, forman nubes como si del techo de una discoteca se tratase. Una ciudad maravillosa, mágica, onírica. Una ciudad encantada.

En una ciudad estancada una salteñera vende tucumanas potosinas y baila de emoción una morenada más lenta que las habituales porque no puede moverse a mayor prisa. Necesitaría campo, que es lo que no hay. La ciudad está estancada. Y le queda poco tiempo de agua y de luz. Le sobra basura y pis que baja lento para alimentar las hortalizas del sur.

En la ciudad estancada ha quedado todo suspendido, un millón de personas andan por encima de los techos coloridos, se saludan con sombreros, se hacen venias mientras dan saltitos para pasar de techo en techo. De techo en techo de los millones de autos que quedaron estancados sin opción al movimiento, ni adelante ni de retro. Así fueron abandonados. Adentro de los autos habitan alimañas y bichos y uno que otro propietario de mil flotas con destino suspendido a Caranavi. Hay autos a los que de vez en cuando les llevan flores como a los muertos. Otros han sido adornados

primorosamente con banderines varios, muñecas españolas y budas sentados sobre una moneda de diez centavos. A algunos los perfuman al clarear el día, limpian el capó, le sacan brillo a puro aliento y repiten el ritual todos los días de dios, los otros días los escupen sin contemplación. Se dice que una banda de ladrones está organizando un robo colectivo por aire, de ahí que en instancias de la infalible seguridad del estado se ha pensado en la posibilidad de financiar un enorme techo para cubrir la ciudad estancada pero al mismo tiempo se prepara un plan B que consistiría en reponer los autos robados con otros que se robarían de otras ciudades estancadas, como un enroque. También se organizaría una cena de gala para agasajar a todos los rateros, se sacarían épicas fotos con los más afamados carniceros del planeta. La cena sería en una flota emblemática, la que produjo en última instancia el estancamiento total avanzando los dos únicos centímetros libres que quedaban.

En la ciudad estancada han aprendido a reír los perros de las humanas ocurrencias. Las marchas ocurren ahora por encima de los techos. Los chapistas han perdido su trabajo. Las gasolineras han cerrado, las mangueras se venden, pintadas a rayas, como mascotas quietas, como serpientes de la selva de cemento, que es un lugar común como tus labios de rubí.

La ciudad está estancada, los responsables han huido en helicóptero pero éste ha caído en una selva de verdad y a los tripulantes se los comió el cocodrilo y se empachó. Casi todos han huido menos el que cuida sus flotas y habita en ellas, las abraza, le cuelga un hilo de líquido elemento de la comisura del labio y urde un nuevo crimen. El perfecto.

En la ciudad encantada no imaginan cómo de mal la pasan en la ciudad estancada en la que no hay hadas si no hados propicios y diarios saludos a todas las banderas del mundo estancado y libre.

En nombre del pobre, de su hijo y de su espíritu sano

Se hace una canción dolida, con el más comprometido texto y en modo menor del sistema armónico tonal que por cierto, es parte del proceso de la heredad colonial. Por lo tanto, es imperioso y en el mismo nombre por el que se hace la canción, destonalizar la armonía, desletrizar la canción a causa de su sospechosa formación en octosílabos y en términos definitivos y precisos, descancionalizar la canción, forma musical abierta, producto también de nuestra heredad colonial. Se hace una canción en nombre del pobre, de su hijo y de su espíritu sano y con la misma solvencia y convicción, otra para cubitos de caldo de pollo y otra para el banco más sólido de la banca nacional.

Se exponen fotos delicada y minuciosamente enmarcadas en la marquería especializada para fotógrafos cuyo trabajo se cotiza en el mercado común europeo o en el mercado de Achumani. Se exponen fotos en la galería cuyo porcentaje no es tan alto como el precio que se debe pagar para llegar a la celebridad sin mayor talento que poseer un gen que también lo poseyó Dalí. A decir verdad, todos los humanos del planeta. Se exponen fotos caras de caras tristes, arrugadas, ingenuas, solas, con mocos, sin dientes, al borde del llanto, de lejos, caras derrotadas, cansadas, en blanco y negro.

Se hacen discursos y se inventa la historia de nuevo. Se hacen discursos que empiezan con la palabra compañeros y terminan usualmente varias horas después, con el auditorio ocupado comiendo pollos en las graderías, sin escuchar. Se hacen discursos desde una dimensión desconocida para los mortales. Una en la que todos visten bien pero igual. En la que todos piensan, pero igual. Una en la que todos ganan bien nomás pero igual. Una en la que todos comen lo mismo y lo único que hay. Una en la que nadie se casa con nadie por la iglesia ni por obligación ni por amor ni por si acaso. Una en la que soñaron los soñadores pero bien. Una en la que no hay minibuses. Una en la que hay mar y horizonte y nuestro.

Se inventa la historia de nuevo, la que empezó el día en que nació el primer dibujo animado del Tíbet. La historia que se escribe con la sangre de utilería que sobró del rodaje de una película escrita sobre la historia de la salsa de tomate pero mal. La historia re escrita para vender nuevos libros a todas las escuelas de la nación, con dibujos a colores, con hartos dibujos que de a poco remplazarán al texto porque leer ya no será en el futuro una futura actividad. A la lectura le seguirá el picante mixto, como oficio.

Se confeccionan trajes de fino casimir, tortas económicas de novia, se cepilla pisos, se construyen enemigos para odiar que al mismo tiempo sirven para existir.

Se pintan las paredes y se imprime la vida idílica en el periódico que se lee al revés sino no se puede.

Se crean Organizaciones de toda índole con el propósito de salvar al mundo de las propias organizaciones. Se cuida el voto como oro, el que proviene del que nada tiene más que un voto. Se le quebró la voz de tanto gritar.

Se ama, se dice que se ama y se olvida pronto. Se escucha con atención, se dice que se escucha pero no se escucha.

Se hacen cenas y almuerzos en beneficio, se hacen quermeses y festivales solidarios, se gasta plata para hacer los perfectos homenajes a los sin plata, con mucho cotillón y cerveza nacional que por cierto, es cara. Se diseña y se imprime afiches que se ven algunas noches, a manera de frazada en un cuerpo acurrucado en las entrañas del soldado desconocido.

Huérfanos del todo

Hay una foto en la repisa del fondo, en el comedor. Adornada con un marco espeluznante de pan de oro hecho de papel maché pintado con ténpera dorada. En la foto está el bisabuelo, la bisabuela y una niña que vendría a ser la abuela, de niña. Los bisabuelos llevan sendos trajes del siglo XIX. Oriundos de España eran, dicen. A veces se les ocurre que podrían ser en verdad, de Italia. La cosa es que en el fondo, hay una foto en color sepia, vieja, enmarcada, que da noticias sobre el origen de la familia que evidentemente no la ha pasado muy bien en términos económicos los últimos 50 años, por lo menos.

Es un orgullo para la familia tener tan ilustres antepasados, con sus trajes ilustres, con su ilustre calavera brillante el bisabuelo, con su cabellera sospechosamente rubia la bisabuela. Con su traje gris y un bombín en la mano el bisabuelo, con una delicada sombrilla meticulosamente floreada la bisabuela.

La foto en cuestión, fue adquirida en verdad en la feria de la 16 de Julio, en la ciudad del Alto, un jueves 16 de julio día de feria. Fue elegida cuidadosamente de entre otras quinientas y tantas fotos amontonadas en una mesa en una de las calles de la feria. Entre el montón de fotos, sepías muchas, blanco y negro el resto. Todas antiguas, todas con historia, todas con viaje por barco.

Los buscadores de fotos se encuentran, se miran pero no se dicen nada. Apenas se empujan por los hombros de rato en rato, cuando cambian de puesto para elegir las fotos. Los buscadores de fotos no son necesariamente coleccionistas de antigüedades ni expertos en fotografía o investigadores de la carrera de historia. Los buscadores de fotos son, al mismo tiempo, buscadores de familia. Son gente de bien que por los golpes que la vida propina, han olvidado su pasado, lo han perdido en una revuelta, lo han extraviado en la escuela, después de unos denodados insultos a sus humanidades. Los buscadores de familia son personas que no duermen tranquilos como si debieran mucha plata, como si debieran plata a un tipo al que, encima, odian. No duermen bien pero comen bien, son de buen diente.

Se vio un día a un buscador de familia, terminar en lo que tarda un huevo en ser endurecido al agua, un sentencioso plato de *charkekan* orureño hecho en Cochabamba por un paceño de origen español.

Los buscadores de familia son gente agradable hasta que se ponen insoportables cuando han ingerido más de setecientos veinte mililitros de aguardiente de caña traída directamente desde las profundidades del Brasil por una sobrina que se fue hace años en busca del Dorado y volvió con un dorado y con un surubí. El dorado con mucha espina y el surubí con muchas filas de asientos para hacer la ruta Oruro Potosí en poco tiempo y con muchos muertos.

Los buscadores de familia son, por así decirlo, susceptibles a cualquier insinuación que pudiera lastimar sus sentimientos cuando de la familia se trata. No permiten que se hable mal de ningún antepasado y para ello, los buscadores de familia instruyen a toda la familia viva sobre las historias que se deben contar sobre los antepasados. Para tener una buena historia, se debe encontrar una buena imagen. La foto, es ahí donde las historias comienzan y es ahí donde las historias deben terminar. Es así que hay personas que tienen un pasado reinventado, ilustre, con perfectos bisabuelos, con orgullo eurocéntrico, con mantilla de seda y bigote de cartón. Pero también los hay al revés del pepino sólo que en la feria no hay fotos y como no las hay, hay que inventar trajes folclóricos de soñados incas y batallas ganadas y hay que construir nuevos himnos y nuevos palacios. Hay que volver a un mundo desconocido con simbologías nuevas, folclóricas, ordinarias, con tela china. Sin fotos pero con cuadros al óleo, también chino. Lo que no se puede hacer, ni con baygón, es pretender hacer que nada ocurrió en verdad, que todo empieza cuando se encuentra la foto perfecta o el perfecto pretexto para inventar una familia, o un país, o un planeta, de la nada.

El relleno detonante

Un relleno de papa viajando entre dos bandos durante la guerra del gas, en la ciudad de El Alto, es el detonador de una historia sin final. El relleno salió de una caja cubierta con una tela blanca, de algodón, en un carrito con llantas de bicicleta. El vendedor de rellenos corría, de un lado a otro en medio de gases y balas y balines, en medio de piedras voladoras y de cohetes de todo calibre. Vendedor venía, vendedor iba, de un bando a otro anunciando los rellenos. Se le acababan rápido. Había que ver cómo comían rellenos los policías y los civiles del otro lado. Ahorita su cambio, salía corriendo a

entregar un relleno al policía del gas. Suelto nomás, le decía al dirigente que hablaba por celular para responder a un jefe que jamás estuvo ahí. La cosa es que uno de los rellenos, el preciso, el perfecto, causó la muerte de un civil en medio de la gresca. Era un relleno seco, más seco de lo habitual. No había cómo tragar, se le trancó en medio de la garganta. No había nada para tomar. El hombre comenzó a pedir ayuda agitando los brazos. Nadie hacía caso. Pataleaba, nadie hacía caso. Se tendió al suelo con estertores, nadie hizo caso. Se murió entonces. Recién hicieron caso. Comenzó una persona con la voz a bajo volumen: ¡asesinos, asesinos! Se fueron sumando de a uno, de a una. Se hizo una multitud coreando, avanzando contra los uniformados que encontraron el pretexto perfecto para abrir fuego contra la multitud. Al vendedor de rellenos le tocó una bala en la pierna pero ni así. Cojeando cojeando siguió vendiendo. Nunca vendió tanto relleno como ese día. Le fue tan bien que ahora tiene una pequeña empresa que distribuye rellenos en todo el país. Temprano en la mañana escucha radio y se anoticia de todos los conflictos a lo largo y ancho de las naciones. Habla por celular y da instrucciones. En Huanuni hay toma de minas, hay gente entrándose a las minas privadas, policías sonando a cooperativistas, lleve 300 rellenos, le ordenaba a su operario de Oruro. Hay bloqueo en Rurrenabaque, cientos de camiones parados, marchen 200 rellenos! Hay bloqueo en Curahuara, unos mil camiones, cientos de camionetas, harto auto trucho entrando de nuevo, hay *wawas* haciendo en el camino, hay abuelos que hablan por hablar. Mande mil rellenos!

En Cochabamba hay despelote entre taxistas, policía y población civil, hay además, en las cercanías del *stadium*, cientos de hinchas de Wilsterman rompiendo vidrios. Hay que llevar 750 rellenos. No, más. Es Cochabamba, se va a acabar rápido. Lleven 3000.

En Santa Cruz va a realizarse, en la plaza. Pateadura de los hombres de azul, a enfermeras que están tomando la presión. Va a haber también policía ayudando a los azules. Lleven 250 rellenos. En la alcaldía, al mismo tiempo, habrá discurso del alcalde y de su mano, por si acaso lleven 50, para los periodistas, va a estar lleno.

En Tarija van a marchar por el Margarita, antes de ir a los vinos. No va a haber ni policía ni azules o sea que manden unos 300 rellenos. No más. En Sucre igual pero al revés, marcharán por el no Margarita. Ya se sabía pero, hay que prever más votos en Chuquisaca. Manden 500 rellenos con harto picante pero no muy picante, que sea de Tomina, mejor.

En Potosí se están juntando en la plaza, con palos, todos los potosinos. Mineros, mestizos, evangelistas, realistas, ingenieros de minas, las chicas de

ocho servicios, todos. Van a defender Potosí de la descolonización. Creen que los azules irán a demoler la ciudad, toda la parte colonial, las iglesias, los zaguanes, las fuentes de piedra, los tejados, las calles para caballo, la Casa de la Moneda. Parece que defenderán la ciudad hasta con los dientes, hasta las últimas consecuencias. Con 1200 rellenos estamos servidos, dijo. Lleven, lleven.

En La Paz ya pasa cualquier cosa. Todo es posible. Hay una ciudad densa y bella desde la foto pero está detenida. Hay marcha de médicos, de maestros, de choferes, gremialistas, de acogotados, de discapacitados, de esposas de policías. Hay policías apaleando indígenas, para entrenar a apalear, hay azules por todas partes, tomando contra la ley de no tomar y sonando a sus esposas por respeto a las tradiciones. Hay tributos los monkies y manifestaciones cumbia, con harta gente. Pasa de todo. Hay que tener siempre listos, unos 10000 rellenos.

Gracias a la patria estropeada, se hizo en tres años una casa en la Ceja, con una casita encima de la casa, desde ahí habla por teléfono dando órdenes. Así es.

Un día normal en la ciudad

Habrás visto semejante despropósito, despotricaba una señora agarrada de su api, mientras veía en la televisión destartalada del puesto del mercado Rodríguez, una nota en un canal tan creíble como el respeto a la madre tierra o al semáforo después de las 9 de la noche, que una asamblea inventada desconocía a los dirigentes que vienen desde hace rato andando por sus derechos, en los caminos barrocos, en medio del clima adverso y de los tiempos adversos. La nota, antes de las 9 de la mañana, acompañaba al frío y a los afanes de las gentes. Unas instalando toldos, acarreando frutas, atacando verduras y hortalizas. Otras en la tarea de contar plata. Otras en la también ardua tarea de curar el *ch'aki* después de la prolongada entrada cuya salida deja mucha cabeza y tripa botada en las canaletas de la viada de la ciudad. Además, claro está, del pis que baja y baja y baja a engrosar el riego de la lechuga que acompaña el infaltable choripán en la cancha en la que por enésima vez nuestro combinado nacional deja la camiseta transpirada pero nada más que eso. A lo que se sumará, por algún misterio del universo, una salmonela en la familia que sale con la cabeza gacha del *stadium*. Claro, enfermedad crónica en una sociedad que para sacarse la bacteria debe hacer una fila de espera al médico de turno, que quizás le tome los próximos seis

meses de la vida que mejor los resuelve con la ingesta de bacrín forte sin acudir al galeno que no tiene más insumo que una palmadita en la espalda del paciente y un paracetamol en la farmacia de la caja a la que le crecen las telarañas de 5 a 8 de la mañana y nadie más las limpia porque el señor de la limpieza se ha enfermado de la cintura un día que quiso atravesar la Mariscal Santa Cruz en medio de trescientos minibuses. Dos de los cuales lo aplastaron al tratar de evadirse el uno al otro haciendo una suerte de competencia desleal a ver cuál es más estúpido y veloz. El señor de la limpieza, claro está, no tuvo tiempo de decir pío. Nunca se supo por qué, alguien, antes de morir, debe decir pío. ¿Es una especie de oración redentora? Lo cierto es que quizás por asegurarse un lugar en el cielo, el señor de la limpieza, a veces, decía pío antes de cruzar la calle. Esta vez no y le destrozaron la cintura. La cadera, a decir verdad.

En el mercado, mientras tanto, el sol, con una luz amarillo patito, calienta un poco un lado de la calle. Las gentes se van todas a ese lado, apoyadas en las paredes conversan y comen llachas, hacen negocios, transparentes y turbios. Los de los negocios transparentes se ponen a la derecha y los de los negocios turbios a la izquierda. Antes era al revés pero las cosas cambian, todo cambia. Menos los negocios. La gente vive o de los negocios o de su trabajo de empleado o de alabar al rey cada vez que éste asoma su nariz por entre las cortinas de la existencia humana en estas alturas. Así ordenadas, las gentes se dispersan casi a la hora del almuerzo para juntarse con sus seres queridos. Unos en la casa, otros en la calle, otros en el cementerio. Uno de ellos, una de las gentes que es varoncito y joven, está enamorado de la Luna. De la Chirley Luna, que es hija de la motera, que es la señora que vende mote, la señora que va temprano al mercado y suele tomar su api en el puesto donde se vende api. Ahí va porque tienen televisión y ve las noticias y no se cansa de escuchar mentiras, es su afición.

De todas las mentiras que escuchó los últimos, no sé, cuatro años, digamos, ha hecho un *ranking*. Dice que algún día va a publicar. Cuando su hija, la Chirley, sea profesional y la escuche y escriba todo lo que la señora motera le cuente. Hasta eso sigue recolectando. Atenta, con su api, escucha y se guarda harta zoncera en su cabeza. No escribe nada. Se ha olvidado. Pero se va a acordar, se dice a sí misma con absoluta confianza. Todo deviene en huayño, tarde o temprano.

Serie de los traslados

Uno de los eventos menos esperado y al mismo tiempo traumático para quienes no nacen en techo propio es, sin duda, el traslado. El traslado es una especie de destierro, una suerte de melancólico viaje hacia territorios desconocidos, sin derecho a darse la vuelta por el peligro de volverse estatua de sal. En el traslado los hermanos se abrazan y se pierden los gatos. Aparecen también y con gran alborozo de parte del dueño, los papeles del terreno hecho usucapión. En el traslado se ve irse parte de la vida en el camión, no hay intimidad alguna, los colchones cuelgan con sus manchas deladoras por la avenida, apenas agarrados de los desvencijados catres. La cómoda, que guarda en el espejo el último reflejo de la madre secando la lágrima de rímel, se mueve al compás de los baches (personalidad de la ciudad) como bailando una morenada. El transeúnte mira pasar y adivina, con cara de morbos, quién de los seres trepados al camión dormirá en ese catre, cuál comerá en qué parte de esa vieja mesa, a quién alumbrará esa lámpara sin foco.

El traslado deja un hogar a la intemperie, en la calle. Sin más protección que la bajada de cabeza y la cerrada de ojos. El traslado convierte a una casa en una modelo y a las calles en una pasarela. Todos miran sin querer, se hacen los que no miran. Todos se preguntan adónde irán ahora a parar, y por cuánto tiempo.

Cada cosa que transita desde el interior de la casa hasta el camión tiene, por otro lado, su propia historia. Cada cosa habla por sí misma. Ninguna cosa es muda. Los objetos van cargados de gente y el camión está cargado de ambos. Así van todos a la próxima morada.

Encima del ropero, amarrado con pita blanca y café, está el velador de la hija. Tiene calcomanías de corazones y de bichos tiernos. Tiene escrito con clavo un nombre que apenas se lee. Hay una marca en el borde que se ve como una abolladura hecha con la cabeza de la hija. A raíz de una pelea con el hermano. O con el novio. El velador era de la tía y antes de la suegra de la tía. Todo eso se ve. Ahora todos saben de dónde viene el velador pero sólo los del camión saben adónde va. La hija lo quiso cubrir con algo pero no encontró nada, todo trapo grande y cubrecama estaba en bolsas. Una lágrima en silencio se dejó secar entonces, por el viento que viajaba en contra del camión.

Los ilegales

La verdad de la milanesa es que Bolivia parece seguir siendo una entidad que no pasa de ser un buen intento sobre el mapa.

A ver, repasando la linealidad de la historia y atendiendo a distintos eventos que conectados entre sí pueden dar ciertas luces sobre la noción de Patria, se encuentran ciertos ensayos dispersos que tocan temas disímiles pero de singular importancia. Entre ellos, se destacan las interminables luchas de sectores ilegales por mantener su identidad y condición por los siglos de los siglos amén. Algunos ejemplos merecen la atención. Hubo, en 1927, un congreso de atracadores que trabajan en el viejo camino a los Yungas. En el congreso decidieron marchar hacia la sede de gobierno para exigir a este último la multiplicación de hacendados en esa región. Lo que incrementaría los viajes y por ende los atracos y con ellos la buena vida de los congresistas.

Otro caso. En 1876 en Cotagaita había fabricantes de singani de muy baja calidad, que ponía en peligro a la vida de quienes lo tomaran. El público consumidor protestó. Los fabricantes se unieron, hicieron escándalo, les dio pataleta y tomaron medidas de hecho. Bloquearon los caminos de ingreso a la población, quemaron los viñedos legales, hicieron huelga de hambre y al cabo el gobierno, así como la iglesia, intervinieron y llegaron a una solución: que se siga fabricando. Pero a la población se le recomienda no tomar mucho.

Tercer caso: circa siglo XXI, los transportistas decidieron no acatar la ley considerando lo siguiente: el estado y las empresas son negocio. Ellos no. El estado y las empresas están atropellando al transporte, lo que se considera imposible e inaceptable.

En 1946, pasado el arrebato de los movimientos colgacionistas, se incrementó en el país el número de cazadores de vicuñas, por lo tanto, decayó el número de vicuñas. Aumentó el número de mantas y las señoras coquetas proliferaron. A todo esto, el gobierno comenzó a perseguir a los cazadores. Por supuesto, se quejaron, hicieron huelga de escopetas caídas, amenazaron con cazar diputados. Se llegó a una solución. El gobierno importaría vicuñas de Chile, los cazadores las matarían, pero de a poco.

Así, todos estos acontecimientos y otros miles conectados podrían mostrar un panorama transparente de lo que se pinta como Patria.

Despatriado

En un modesto barrio de Amsterdam, hay un edificio viejo con varios departamentos, la mayoría con un dormitorio, un baño, una incómoda cocina y una sala en la que se seca la ropa. Los trastos de la cocina se lavan en la tina. Ahí vive Pepe Muñiz, un boliviano de estatura mediana y piel café. Nariz un tanto aguileña, ojos con los párpados ligeramente inclinados hacia abajo, labios un tanto morados. Pepe Muñiz es un mediocre psicólogo que no sabe para qué en realidad sirve la psicología desde que se enteró que para Bunge es una pseudociencia. Muñiz no sabe escribir, por lo que se puede colegir que tampoco sabe leer. Es probable que la universidad que le dio el título haya sido una de esas evangélicas que aparecen y desaparecen del mapa y contratan a profesores que predicán en las noches en una esquina de San Francisco. Muñiz detesta a sus connacionales, sobre todo a los que tienen el mismo color de piel. El hubiera querido nacer rubio y alto y con ojos claros. Hubiera querido tener como lengua materna no el aymara sino el holandés o el danés. Siempre que vio una película en su infancia, la sola aparición de una gringa le provocaba estertores, hacía ruidos desagradables con la garganta, se hurgaba sus partes. Le caía baba por la comisura de sus morados labios. Se iba corriendo a lavar la cara con mucho jabón para ver si así se aclaraba. Pero nada. Seguía moreno. Nunca, hasta ahora, pudo superar su complejo. Quizás por eso estudió psicología pero no entendió nada. Se largó con su complejo y empezó a odiar denodadamente su antigua ciudad. Lloraba en las noches, a solas, cuando recordaba la esquina de una calle que daba a su casa. Sentía el olor. Siempre había pis en esa esquina. A veces un borrachito echado sobre el pis. A veces un muerto echado sobre el borrachito. Otras veces, creo que solo una vez, una prostituta mayor, echada sobre el muerto. Era una imagen para él imposible de olvidar. Y se esforzaba. "soy gringo, soy gringo", caminaba por las calles de Ámsterdam.

Al cabo de un tiempo largo, enganchó una gringa. En verdad. Fue la gringa quien lo enganchó. Una de esas mujeres sin mayor gracia y cabello rubio que gustan de los sudamericanos morenos. Mejor con cola en su cabello. Mejor si de Otavalo. Mejor si con nariz de águila. Pero con el tiempo se cansan. Sobretodo en este caso. De Muñiz la gringa se cansó. Es que además de odiador de sus gentes y odiador de su origen y su ciudad y sus pises, resultó siendo un cochino. Un día la gringa encontró debajo de las sábanas que nunca cambiaba, un pedazo de ese proveniente de Muñiz. Ha debido ser de hace bastante tiempo. Otro día, cuando Muñiz se sacó el zapato, las cosas se elevaron. O sea, la mesa, el catre y un velador. La gringa

no aguantó pese a que ella tampoco era un dechado de ducha. Era más bien, una duchadora inconstante. Digamos que con frecuencia mensual. Pero Muñiz era el colmo. En los días calurosos se echaba en un parque, semidesnudo, a airearse. En las épocas en las que llueve, a veces llevaba un poco de *shampoo* en su bolsillo y aprovechaba una lluvia para lavarse el cabello. Era el colmo y no pensaba, no quería pensar. No quería ser lo que el espejo le devolvía. Lloró meses cuando la gringa lo dejó por un ecuatoriano que sabía tocar el bandolín.

Pero un día Muñiz va a volver. Tiene un problema inmenso en la cabeza. Los gringos lo creen indio y él cree ser alguien que no es. Y va a volver y va a tener que descubrir de nuevo todo. El chuño, los mocos de las *wawas*. Su idioma, las tardes con mandarina y maní en el parque. Va a tener que llenar de nuevo su cabeza con antiguas sensaciones y con nuevas relaciones. Salir a expandir su panza en noches cerveceras de nunca acabar y disfrutar al otro día de un dolor de cabeza que solo pasa al borde de un buen picante de lo que sea. Muñiz está jodido si no ubica su pedazo de humanidad en el espejo. De no hacerlo, va a tener que tomar una buena cantidad de lorazepam y whisky, y dormir hasta siempre. Total, así como está, no sirve para nada.

¿Cómo era, cómo era?

Sentado frente al mar que no conoce, el hombre transita por un diminuto sendero de su memoria y aparecen todas las flores del mundo. Se acuerda del olor de cada una de ellas. De pronto el recuerdo se convierte en un problema. ¿Cómo describir el olor de un clavel rojo en medio de los tanques en Lisboa?

El olor de las rosas repartidas en delicados floreros sobre las mesas, el día de la boda de Martina X, un día soleado, con la presencia de un mandatario, con música de mariachis, con ataque de celos y con final infeliz?

El aroma de una gardenia que pasa en el borde de un sombrero de paja, a velocidad promedio de 25 kilómetros por hora, en bicicleta, acompañando el perfecto cuerpo de una italiana en Cerdeña?

Cómo deshojar las palabras para nombrar y para evocar sin error alguno, el olor que proviene de seis caléndulas y un tulipán el día mundial contra la psicopatía del poder, celebrado en Mocomoco, el último viernes de febrero?

Los recuerdos no se desvanecen, se reparten equitativamente en alguna parte del cerebro y el hombre que mira el mar que no está ahí lo administra de manera inteligente. Los olores de las flores amarillas a la izquierda. Los

olores de las flores rojas, a la derecha, otros colores cerca al centro, medio derecha, medio izquierda. Así equilibra en los dos hemisferios cada recuerdo como si fuera un almacén complejo lleno de pasillos y estantes repletos de cosas y de personas sin personas. De reconstrucciones de personas, de partes de personas, de perfiles de personas, de espíritus vagando por las dendritas en una barca como la de Caronte pero con motor dentro de borda.

Y mientras está sentado y el viento desordena su cabello, el hombre ordena una jarra de cóctel de tumbo con jugo fresco de tumbo fresco, nada de lata ni de botella ni con preservantes ni con sabores artificiales. Una jarra de cóctel de tumbo que la irá vaciando con calculada exactitud, en una diminuta copita hecha a la medida de la ocasión. Mientras bebe, su mente clasifica en la memoria todos los sabores. Escucha un leke leke y sonríe por algún motivo que sólo él sabe. Mira hasta lo más lejos que puede ver y descubre un heladero parado como si fuese Alejandro Magno. Una silueta oscura, lejana, con su cajón de costado, con su gorra al revés. Un heladero épico en la montaña lila del fondo. Saluda con la mano izquierda a sabiendas de que el heladero ni lo mira. Y si lo mira, no le hace caso. Pero saluda igual porque el momento es mágico, no es real aunque la realidad es para él más sorprendente que la película *Matrix* o que una escena de exhibición en la plaza de la ciudad capital a la que ahora le toca recibir una cancha también de plástico y de ficción.

El hombre cierra los ojos y respira. Toma un sorbo y vuelve a respirar. Disfruta cada imagen que despierta en su cabeza. Y cada olor y cada sonido y cada textura que su mano áspera ahora siente mientras viaja por la desvencijada mesa que lo recibe. Prende un cigarrillo y sopla el humo de manera políticamente correcta, al viento. Se imagina sin el menor pudor la entrepierna de Marilín y sumerge sus veintitantos años en un oscuro cine de la ciudad oscura hasta estallar procreando hijos de aire.

El hombre va a morir, pronto. Y sabe. Pero va a morir bien. No hizo mucho daño, ni mucha plata, no quitó mucho sueño a nadie en particular. Va a morir con una enfermedad que duele pero se aguanta porque todavía sonríe y toma cóctel. Le gustan los cerros colorados y las cuecas pero también un vals de Strauss. Va a morir mirando un mar que no conoce, sin chistar, sin salir en la televisión ni hacer escándalo el día del Señor, cualquier día del señor. Sabe que no va morir como un cojudo, para eso se ha cuidado tanto y le sacó brillo a la solapa de su terno. Ahora se esfuerza porque tiene que acordarse de un poema que se escurre. Moriré en París y en aguacero... algo así.

Condiciones de rendición

El divorcio es una cosa impresionante desde el punto de vista legal, una cosa tremendamente dolorosa desde el punto de vista emocional y una cuestión molesta y de flojera desde el punto de vista de las amistades compartidas. Es bien difícil repartirse a las amistades. A veces uno se queda con las amigas de la otra o viceversa, caso por el cual, la ex señora se queda sin amigas o el ex caballero se queda sin amigos. Naturalmente y por las reglas que emanan de la ley del caos o la ciencia de la complejidad, por lo general cada quien se queda con su cada cual, si de amistades se trata. En una sociedad mínima y llena de sospechas suele ocurrir que los recién separados tengan encuentros no deseados en lugares de gran concurrencia; restaurantes, bares, cantinas, seminarios, coloquios, recitales, conciertos de músicas de géneros diversos y audiencias con abogado conocido por las dos partes. Los encuentros no deseados pueden, en algunos casos, ocasionar por su parte daños colaterales o terminar en noches apasionadas con lloradera general más gastos de hotel y comida. Sin contar gastos de cuidador o cuidadora de *wawas* si se diera el caso. Las consecuencias posteriores involucran a terceras partes con eso de "...necesito hablar contigo urgente" o "...comadre, vas a estar en tu casa esta tarde? Voy a pasar un ratito para charlar". Y los rencores arrecian y los pretextos para mandar insultos con los terceros no faltan, abundan, se guardan en antiguas servilletas, en sospechadas noches de tardía llegada, en olores extraños a los habituales. Salen de vuelta los recuerdos, se mueve el avispero casi como compulsivamente y este proceso puede durar harto. En una economía paupérrima como la nuestra, estos procesos son importantes, producen un aumento en el consumo del alcohol, las pastillas, la comida, los chocolates, el yauri, peluquería, sastre, agencias de viaje, pasajes en camión, etc. Se debiera tomar en cuenta la separación o el divorcio como un tema de reactivación económica y sustentar la revolución del afecto para contrarrestar a ésta. Es cuestión de nuevos paradigmas, de una sociedad creativa.



This work is licensed under a [Creative Commons Attribution-Noncommercial-No Derivative Works 3.0 United States License](#).



This journal is published by the [University Library System](#) of the [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#), and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).